

pudo ménos de exclamar: "Vamos, madre mía, estimad á este Niño celestial; honrad, venerad y amad con todo vuestro corazón á este Rey de gloria, que desde esta imagen no cesa de derramar sobre nosotros sus beneficios, pronto á concedernos otros mayores, con tal que consintamos en recibirlos." En seguida se quejaba amargamente de que hubiese allí tan pocas almas que tuviesen por este dulce Maestro un afecto puro, añadiendo que esto era para ella un suplicio intolerable, y que si su sexo no se opusiese á ello, quisiera correr por el mundo para encender en él el fuego del amor de Jesucristo. Luego acababa por lamentarse, acusándose de amarle ella también demasiado poco.

CAPÍTULO XIX.

Del tierno afecto de Rosa para con dos imágenes de la Madre de Dios.

Había en Lima una imagen de escultura muy hermosa, de la Santísima Virgen, cuyo origen se remontaba á los primeros predicadores de la Fé, y era considerada en todo el Perú como la salvaguardia del reino. Esta imagen, hecha de una madera desconocida y de tamaño natural, representaba á la divi-

na María llevando en uno de sus brazos al Niño Jesus, y teniendo en la otra mano un Rosario, que parecía presentar al pueblo. Estaba colocada en la iglesia de los Dominicos, cuyo monasterio llevaba el nombre del Santo Rosario, lo mismo que la parroquia que estos religiosos servían. Parece que la iglesia y el convento fueron construidos por los conquistadores españoles, al mismo tiempo que ponían los fundamentos de esta ilustre metrópoli, y que de allí partieron los hombres apostólicos que hicieron entrar á los Peruanos en el redil de Jesucristo. Los hechos que vamos á referir probarán que la confianza de los españoles estaba principalmente en la Virgen del Rosario, y que esta confianza no fué vana.

El año de 1553, despues de haber atravesado los españoles unas montañas muy altas descendieron á un valle estrecho y profundo, en donde encontraron al ejército de los indios puesto en órden de batalla. Este ejército era de 200,000 combatientes, mientras que ellos apenas contaban con 600 hombres. En tan grande desigualdad, los Indios podían vencer á sus enemigos sin combatir, pues arrojándose sobre ellos les habrían aplastado bajo de sus pies. En el momento en que iba á comenzar el choque, algunos Dominicos que marchaban á la cabeza del

ejército cristiano, imploraron el auxilio de Nuestra Señora del Rosario, é inmediatamente fueron escuchados. En efecto, la divina María apareció en los aires á la vista de los dos ejércitos, teniendo en la mano una vara que agitaba contra los infieles, como para darles á entender que iban á ser exterminados si se atrevían á empezar el combate. Los indios espantados, dejaron caer sus armas, y pidiendo la paz se sometieron de todo corazón al yugo de Jesucristo. Los españoles habiendo notado que la Virgen había tomado en esta aparición la forma de la imagen de Lima, publicaron por todas partes esta noticia; y así esta imagen llegó á hacerse más célebre y más querida que nunca para el pueblo.

El mes de Mayo del año de 1643 fué testigo de una solemnidad que sirvió mucho para renovar esta devoción popular. Queriendo el Rey Católico poner su reino del Perú al abrigo de las desgracias de que se veía amenazado, prescribió á los habitantes que tomaran á la Santísima Virgen María por su protectora, por medio de un acto público y solemne que sería depositado á los pies de la más célebre de sus imágenes. En ejecución de este decreto, poniéndose de acuerdo el Arzobispo y el Virey, el clero y el senado, decretaron tres cosas: la primera, que

la Virgen de Lima sería elegida por imagen patronal; la segunda, que cada año, el día siguiente al domingo de Cuasimodo, habría unas rogaciones públicas en su iglesia, en donde se reunirían para esto la magistratura y los cuerpos del clero, tanto secular como regular; la tercera, que se haría todos los años á perpetuidad una procesion solemne el último día de la octava del Santo Rosario. Hizose en efecto ese día con una pompa que merece notarse. A la hora indicada por el sonido de todas las campanas de la ciudad, el Virey, á la cabeza de los diferentes cuerpos del Estado, se dirigió á la iglesia del Santo Rosario en donde se encontraban el Arzobispo con su cabildo, el clero de las parroquias y los religiosos de todas las comunidades. Bajaron á la imagen venerada de su altar, y fué llevada en triunfo por las calles de la ciudad al estampido del cañon, al sonido de las trompetas guerreras, y por en medio de los batallones cuyos estandartes desplegados llevaban la imagen y el nombre de la Santísima Virgen. Además, por todo el año, no cesó el concurso en su templo, el que llegó á ser inmenso cuando los temblores de tierra, las epidemias ú otras necesidades públicas hicieron sentir más la necesidad de su proteccion.

Mas volvamos á nuestra santa. Desde su

más tierna infancia tuvo para ella esta imagen un atractivo muy particular, que la hizo escoger su capilla por el lugar de sus devociones, ó casi puede decirse que por su domicilio. Allí recibió muy grandes favores, que desgraciadamente no nos son conocidos todos: no obstante, ya he referido algunos, y voy á referir otros todavía. Cuando recibió en esta capilla á los pies de su amada imagen el hábito de Santo Domingo, su madre asistía muy desconsolada á la ceremonia; mas habiéndole Dios favorecido con una vision que le mostró á su hija elevada al cielo por la Reina de los ángeles, el gozo que sintió secó al instante sus lágrimas, y no le dejó otro sentimiento que el de la felicidad. En efecto, era un presagio muy favorable y consolador para la predestinacion de esta jóven, el ser así elevada por las bondades de esta gran Reina, á quien la Iglesia llama feliz puerta del cielo. ¡Cómo pues su madre que la amaba tiernamente habría podido permanecer indiferente á una gracia tan grandel!

Todas las veces que Rosa tenía intencion de pedir algun favor, ya para sí, ó ya para los demás, corría á su capilla favorita y allí oraba contemplando atentamente el rostro de María, hasta que veía en él una expresion favorable. Entónces se retiraba llena de con-

fianza, y este sentimiento no la engañaba nunca. La mujer del Contador cuando la veía volver á la casa, conocía muy bien los consuelos que acababa de recibir á los pies de la imagen de su buena Madre, á pesar de las precauciones y esfuerzos de la santa para ocultarlas: y así le decía muchas veces con esa libertad que la amistad autoriza: "Hoy mi querida Rosa, segun veo, habeis recibido una nueva lluvia de favores. Es verdad, respondía la jóven ruborizándose, y con nna lijera sonrisa: esta bondadosa Reina del cielo colma á su miserable pecadora de continuos beneficios., Además, como la mujer del Contador asistió al exámen en el cual se vió Rosa obligada á descubrir sus secretos, le refirió con toda franqueza lo que María hacía por ella; y á estas confidencias son á las que debemos el conocimiento de algunos de los favores con que la honraba la divina Madre.

Habiendo sido interrogada un dia por esta señora, acerca del modo de las comunicaciones que la Santísima Virgen tenía con ella, respondió con su simplicidad ordinaria: Yo no oigo ningun sonido, ni ninguna palabra, ni aun veo ningun movimiento de los labios de esta Reina querida; pero como estoy acostumbrada á estudiar su fisonomía, leo en sus facciones lo que quiere decirme,

y lo comprendo tan bien como si se expresase verbalmente. El rostro de su divino Hijo es para mí un libro no ménos inteligible: lo miro al orar, y la expresion de su semblante me dice á qué debo atenerme. Era una opinion general en Lima que Rosa obtenía con seguridad todas las gracias que pedía á los pies de esta imagen protectora; y su conducta daba bastante lugar á creer que esta opinion era bien fundada: porque en efecto, cada vez que se le encargaba que pidiera á Nuestra Señora del Rosario por alguna necesidad pública ó particular, consentía sin dificultad en encargarse de la peticion, y al salir del santo lugar, prometía la gracia solicitada de una manera tan positiva como si hubiera tenido el diploma en su mano.

Sucedió, por permission divina, que el demonio pudo sembrar la cizaña en una comunidad de religiosos de Lima. Al principio no fué mas que una diferencia de opiniones de poca importancia: mas en la discusion se acalararon los ánimos, y resultaron de aquí enemistades, que hiriendo la caridad turbaron la paz del monasterio. El confesor de Rosa sabiendo lo que pasaba, mandó á la santa jóven que fuese á la capilla del Rosario á recomendar ésta comunidad á la Madre de misericordia, y ordenóle que insistiera

en la oracion hasta que hubiese obtenido la reconciliacion de los ánimos y de los corazones. Rosa era demasiado oficiosa para declinar una comision semejante: corrió pues á arrojarse á los pies de María, y allí permaneció todo el tiempo que le fué posible; mas contra lo ordinario, no obtuvo nada y se volvió muy triste á su casa. Al dia siguiente, dirigiéndose de nuevo á los pies de su amada Madre, oró más largo tiempo y con más fervor, derramó muchas lágrimas, y acabó por decirle que no se levantaría ántes de haber visto en su rostro la seguridad de que su peticion sería escuchada. Despues de esperar por largo rato, vió-sela en fin levantarse muy contenta, hacer un ademán de agradecimiento y salir apresuradamente de la capilla. La mujer del Contador que la había visto la víspera volver tan triste, viéndola tan alegre ese dia, preguntóle la causa de este cambio extraordinario. Rosa respondió comedidamente, mas sin traicionar su secreto; pero con su confesor no le fué fácil escusarse, sino que fué preciso por obediencia descubrirle toda la verdad. Hé aquí, pues, lo que le dijo:

"Ayer, miéntras que yo oraba, segun vuestro mandato, á los pies de la divina Madre, su rostro, lo mismo que el de su Hijo, me parecieron constantemente severos, amena-

zadores y llenos de indignacion. Por mas esfuerzos que hice para aplacarlos á uno y otro, no pude conseguirlo, y volví á la casa muy triste. Hoy, á fuerza de lágrimas, censeguí doblegar á la Madre, quien se dignó juntar á mi súplica su poderosa intercesion; mas el Hijo respondió que no podía perdonar á los religiosos una discordia tan obstinada. La divina María siguió sus instancias, y entre tanto yo era presa de la más viva ansiedad, no sabiendo si la justicia iba á prevalecer sobre la clemencia, ó la clemencia sobre la justicia. En fin, ví al Niño que sonreía á su Madre, y luego dirigía hácia mí una mirada llena de bondad. En consecuencia, padre mio, tened por cierto que la gracia está concedida, y que muy pronto tendreis de ello la prueba indudable., En efecto, no tardó en desaparecer la discordia, y se restableció la paz con la vuelta de la caridad.,

Mas ya es tiempo de hablar de otra imágen para con la cual Rosa tenía tambien una devocion particular. Era esta una pintura representando al Niño Jesus recostado en el regazo de su augusta Madre: sea que este cuadro tuviese un verdadero mérito, ó que el afecto que le tenía lo embelleciese á sus ojos, los dos objetos de su ternura le parecían vivir y respirar en esta tela, y nunca la

miraba sin experimentar los más dulces consuelos. Conmovida profundamente por la amorosa atencion con que María contemplaba á Jesus dormido, sentía la necesidad de llamar en alta voz á la divina Madre, mas no se atrevía á hacerlo por temor de despertar al Santo Niño. En este conflicto de afectos diversos, su alma se liquidaba, sobre todo cuando creía escuchar la voz de su amado que le decía: Yo duermo, pero mi corazon vela.

Parece que el oratorio del Contador era el lugar donde se citaban muchas personas piadosas para conferenciar allí acerca de los asuntos de la salvacion. Sucedió, pues, que un día en que la conversacion giraba acerca de las bondades de la Reina de las vírgenes, la señora de la casa se puso á referir las maravillas que se obraban en la iglesia de Atocha, en donde la imágen de María atraía un concurso prodigioso. Rosa, cuyas miradas estaban fijas sobre su cuadro querido, escuchaba con una santa avidez esta narracion agradable, y cuando vió que la señora hablaba de otra cosa, le dijo: "Por favor, madre mía, continuad diciéndonos todo lo que sabeis acerca de este asunto., Esta interpelacion hizo adivinar á la mujer del Contador algun nuevo misterio, que se prometió aclarar en la primera ocasion. En e-

fecto, habiéndose retirado las otras señoras, apresuróse á interrogar á la santa jóven, diciendo que quería saber toda la verdad. Yo os la diré, respondió Rosa, con tanto mas gusto, cuanto que vos habeis tenido mas parte que yo en lo que voy á deciros. (¡Qué humildad tan ingeniosa!) "Cuando estabais refiriendo los milagros de la Virgen de Atocha, la augusta María manifestaba un contento extraordinario; dirigía hácia nosotros unas miradas llenas de bondad, y parecía adelantarse fuera de la tela, como para presentarnos á su Hijo dormido. ¿No es verdad, madre mía, que convenía que yo os suplicase continuárais una conversacion que parecía serle tan agradable?,"

Volvamos todavía á la capilla del Santo Rosario, á la cual había tenido Rosa siempre tanto afecto, y allí recogeremos un nuevo rasgo de la proteccion con que la honraba la Reina de las vírgenes. Tenía Rosa la costumbre de llevar ó mandar á los pies de esta imagen, todos los sábados del año, un ramillete de flores que cultivaba con esta intencion. María muy agradecida á esta atencion filial, se encargó de proporcionarle los medios de continuarla. En consecuencia, no volvieron á faltar las flores en su jardin, en todas las estaciones, aun en los calores ardientes de la canícula; este es un hecho que

fué notado con admiracion por todos los que frecuentaban la casa de sus padres. Mas estos cortos presentes estaban muy léjos de expresar cuánto era lo que quería á su augusta Madre. Si yo fuera rica, decía, quisiera ofrecerle una corona de oro adornada de piedras preciosas; mi pobreza me condena á no darle más que flores. La humilde jóven no decía toda la verdad; porque su ingeniosa devocion le proporcionaba los medios de ofrecerle dos veces al año unos presentes magníficos. Quiero hablar de los adornos espirituales que le componía, lo mismo que al Niño Jesus. Ya hemos hablado de estos últimos en el capítulo precedente; mas estas invenciones del amor tienen no sé qué de tan gracioso, que no puede ser desagradable la repeticion.

Hé aquí el proyecto, de uno de estos trajes, tal como se encontró en los papeles de Rosa despues de su muerte. "Idea de un vestido, que yo, Rosa de Santa María, emprendo trabajar para la Reina de los ángeles, con el auxilio del Señor. Le haré una túnica de seiscientas salutations angélicas y otras tantas Salves, con quince dias de ayunos, en memoria del purísimo gozo que tuvo en la Anunciacion. Añadiré un manto compuesto del mismo número de salutations y de *Salves*, de quince Rosarios y de

quince dias de ayunos, en memoria de su graciosa visita á Santa Isabel. Las franjas y otros adornos de este manto serán hechas con seiscientas salutations, otras tantas *Salves* en memoria de los consuelos que recibió con el nacimiento de su adorable Hijo. Haré los mismos expensas para proveerla de un velo. El collar que le destino tendrá el mismo valor; y mis intenciones al fabricar estos dos objetos, serán el celebrar el gozo de la Presentacion y del hallazgo de Jesus en el Templo. En fin, pondré en su mano real, un ramillete compuesto de treinta y tres oraciones dominicales, acompañadas de igual número de salutations, de *Gloria Patri*, de *Salves* y de Rosarios, para honrar los treinta y tres años que mi Jesus vivió sobre la tierra., En seguida se leía como en postdata: "Este traje quedó terminado. Dios sea bendito. No me resta más, que excusar con su Santa Madre, las faltas de mi obra, y el atrevimiento que he tenido en ofrecérselo., Si semejante relacion llegase á caer alguna vez en manos de las gentes del mundo, no hay duda que se reirían de lástima y burlarían la minuciosidad. Pero no es ménos cierto, que esto es más serio y mas importante que lo que ellos llaman sus grandes negocios.

CAPÍTULO XX.

De la devocion que tenía Rosa para con la Cruz y con una imágen de Santa Catalina de Sena.

Había plantado Rosa en su celda solitaria, una cruz que era lo que constituía todo su adorno, la cual era de un tamaño que excedía su estatura, y la había querido así, á fin de conmoverse más sensiblemente, y poder abrazarla más estrechamente, á ejemplo de Magdalena. ¡Oh! cuántas veces la cubrió con sus besos! ¡cuántas las regó con sus lágrimas! ¡cuántas la tuvo enlazada en sus brazos de dia y de noche! y ¡cuántas en fin, recibió sus suspiros, sus profundas adoraciones, y las protestas de su ternura! La santa obraba así con toda libertad, creyendo estar sola y sin testigos; pero se engañaba, pues muchas veces los criados la observaron al través de las rendijas de la puerta, y por ellos hemos sabido estos detalles tan propios para edificarnos. Siempre que en las iglesias, los oratorios ó las casas, se ofrecía á sus miradas el crucifijo, no dejaba nunca de saludarlo con una mirada afectuosa acompañada de un gemido. La cruz hacía en ella lo que hace el sol en con el heliotropo: y así en las casas que frecuentaba, era segu-